

“Los libros escritos con las entrañas y no los escritos con la calculadora son los que seguirán ahí. Pero es cierto que una campaña publicitaria de gran presión puede desplazar del mercado a determinados libros en beneficio de otros que son peores”

el egoísmo. Se trata en definitiva de una historia de amor entre dos jóvenes.

—¿Usa datos autobiográficos?

—A veces sí y a veces no. Lo que ocurre es que lo que la gente piensa que es más autobiográfico, no siempre es así. Pero la biografía no es sólo aquello que tú has vivido; también es lo que has soñado, lo que has deseado, lo que has pensado, inventado... y todo lo que ha pasado por tu vida. “*El palomo cojo*” es una novela de infancia en la que, en una ciudad que casualmente es Sanlúcar de Barrameda, donde yo nací, un niño pasa un verano en casa de sus abuelos. A pesar de que a todo el mundo le parece una novela autobiográfica, e incluso llega a identificar a los personajes, no es así. La impresión de verosimilitud y la mezcla de datos reales con otros falsos, conforman el resultado. Si todo fuera real, nadie lo entendería como una novela. Y si todo fuera falso, nadie lo creería

—¿Habrá tiempos mejores?

—Esa es mi novela preferida. No es la que mejor ha funcionado, pero tiene sus “fans”. Por supuesto, el tiempo pasado no fue mejor. Realmente creo que habrá tiempos mejores, al igual que siempre habrá esperanzas.

—¿Qué aporta el Cine a la Literatura?

—Dinero (risas). Son lenguajes completamente distintos. Es probable que, en cierta literatura contemporánea haya elementos que han sido asimilados del lenguaje audiovisual, como la capacidad de elipsis, los “flash-backs”, los juegos con el tiempo... que en la literatura no se ha hecho hasta hace poco. Yo creo que todos los novelistas tenemos la fascinación de ver alguna novela nuestra en el Cine, y yo tuve la suerte de ver “*El palomo cojo*”. De cualquier forma, es mucho más lo que aporta la Literatura al Cine, porque de historias es de lo que éste se nutre.

—¿Cree que el afán económico y de “marketing” de algunos autores puede perjudicar a la Literatura?

—A quien perjudica es al lector. Son los libros escritos con las entrañas y no los escritos con la calculadora los que seguirán ahí. Pero es cierto que una campaña publicitaria de gran presión puede desplazar del mercado a determinados libros en beneficio de algunos que son peores.

—¿A quién admira literariamente?

—Sigo una línea muy medular en la Literatura española, que arranca con Cervantes y la picaresca, Quevedo, Valle Inclán... y ahora con escritores como, por ejemplo, Cela. Me gustan mucho algunos escritores americanos como Truman Capote, Tennessee Williams, Scott Fitzgerald o Faulkner. Hay obras de Navokov que son increíbles, al igual que admiro las de Salinger. Lo cierto es que no acabo de entrar en cierta literatura “muy de actualidad”, porque quizás mi concepto sobre cómo se debe escribir sea otro diferente... aunque no digo que sea el único viable.

—Dice Vargas Llosa que el intelectual cumple dos funciones: la suya propia como intelectual y, además, como interventor en el debate cívico. ¿Qué busca la gente en un hombre de letras?

—Es complicado. Cuando se dice “los intelectuales protestan por no sé qué...”, y ahí estamos todos como si fuésemos los intelectuales. Yo atiendo a un listón un poco más alto. Por otra parte, a veces te reclaman para que des tu opinión sobre cosas sobre las cuales tenemos la osadía de responder, aunque no seamos expertos en el tema. Inevitablemente la gente se fija en lo que dices por el mero hecho de escribir en un periódico, y el compromiso es ineludible: hay que tomar posturas y ser honesto con lo que se dice, aunque en algún momento esto sea desafortunado o conflictivo.

—Últimamente se prodigan mucho las novelas de tipo costumbrista...

—Es lógico. Se produce la necesidad de agarrarse a lo que somos los humanos: no somos máquinas, ni teclado, ni pantallas. Somos sentimientos e ideas. Existe cierta reticencia en la crítica sobre las novelas costumbristas de esta época, y es normal, porque a veces se confunde costumbrismo por pintoresquismo, y superficialidad. Se trata de un género mucho más amplio, que dé testimonio del momento en que se vive de forma cotidiana y real.

—¿Qué le interesa al lector de novelas, ideas o pasar un rato agradable?

—En general le interesa algo que le apasione y con lo que se sienta identificado. Personalmente aprecio mucho la emoción en la lectura, lo que ocurre es que hay novelas en las que el lector busca emoción intelectual y en otros busca la emoción... digamos cordial.

—¿Estamos ante un mundo con debilidad de ideas?

—Estamos ante un mundo con confusión de ideas. Puede que las ideas humanistas clásicas se hayan mezclado con un tipo de ideas agresivas y frías. Al fin y al cabo, la idea de prosperar no deja de ser una idea como cualquier otra. Se sustituyen algunas utópicas por otras más prácticas; y de aquí, pueden surgir las típicas crisis de valores. Valores que se nos pueden presentar un tanto desaprensivos aunque siempre, por desgracia, bien vestidos.

—¿Ha cambiado el lector de los últimos veinte años?

—El fenómeno de la incorporación definitiva de la mujer a este mundo del libro ha sido decisiva: la mujer ha dado muestras de ser una gran lectora. Sin embargo, el lector sigue siendo el mismo, aquel al que interesa ver la vida en los libros, al igual que al que interesa verla en los coches o en cualquier otro lugar. La entrada de la mujer es un elemento importantísimo, aunque a veces se corre el riesgo de pensar que debe existir una literatura propia para ella, y que el escritor escriba sólo para mujeres con elementos que las gusten. Creo que se debe escribir para todo el mundo.

“El fenómeno de la incorporación definitiva de la mujer a este mundo del libro ha sido decisiva: la mujer ha dado muestras de ser una gran lectora”